



# LA NOVELA PARAMOUNT

Nueva York de noche

Rod La Rocque  
Dorothy Gish



25  
CTS

DWAN, Allan

# LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas  
de la marca

Núm.  
28

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - BARCELONA

*Night Life in New-York, 1925*

## NUEVA YORK DE NOCHE

Sugestiva producción, interpretada por  
ROD LA ROCQUE, DOROTHY GISH, ERNEST  
TORRENCE, GEORGE HACKATHORNE, etc.



Es un film PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

## Paramount Films, S.A.



J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona

# Nueva York de noche

## Argumento de la película

Juan Bentley, un rico comerciante, vivía en Clay City, una pequeña población del Estado de Iowa.

Bentley era viudo y aparte de su negocio, no tenía otra preocupación que los disgustos que le daba su hijo Ronaldo, un "pollo pera" muy audaz y muy moderno.

Cierta mañana leía el comerciante en un periódico la noticia de que Ronaldo Bentley, su hijo, daba mucho que decir con sus frecuentes excursiones en "auto" acompañado de una bella bailarina del Follies de Nueva York, Paulina Reed, que se encontraba contratada para un teatro de la ciudad.

—¿Será posible? — rugió el padre—. ¿Cuándo sentará la cabeza mi chico?

Momentos después se presentaba ante él Ronaldo, soñoliento y con la eterna pereza que le invadía.

—Ya estoy hasta la coronilla de estas tonterías — le gritó el industrial, mostrándole el periódico—. Mañana irás a trabajar a la fábrica.

—Papá, por favor, no me hables de ir a la fábrica. Ya sabes que me disgusta.

—¿Te has propuesto ser un perdido toda la vida?

—No, precisamente por esto es que quiero marcharme de este pueblo. Quiero ir a Nueva York.

—Esto es precisamente una cosa que no te permitiré nunca. A Nueva York no irás mientras yo viva.

Ronaldo se echó a reír y dijo:

—¿Cómo era ella, papá? Debe haber sido una preciosidad, para que después de veinticinco años aun le guardes rencor a Nueva York.

—¿Cómo te atreves a hablar así a tu padre? Ea, márchate de mi presencia.

—Está bien, papá.

Ronaldo sabía perfectamente que el odio que su padre sentía por Nueva York se debía a un amor desgraciado de su juventud. Y el joven marchó tranquilamente, no queriendo ahondar más en el recuerdo sentimental.

El señor Bentley cuando quedó solo leyó varias cartas viejas de amor y contempló un retrato de otros tiempos. ¡Ay, aquella Sara, la muchacha neoyorquina a la que tanto amó!

Leyó, emocionado, una de aquellas cartas:

"Mi querido Juan: Con esta carta, el portador te entregará tus regalos y la sortija de compromiso. Ha sido una fortuna que tu quiebra haya sucedido antes de casarme, pues de esta manera podrás volver a empezar de nuevo sin la pesada carga de una esposa.

Guillermo Wordman ha pedido mi mano y me casaré con él muy pronto.

Tu muy atenta,

Sara Wiggins".

Pero Bentley había logrado recuperar y aumentar aún su fortuna con los años. Y con el tiempo, aquel Guillermo Wordman, llegó a ser un buen amigo suyo y hasta administrador de algunos de sus negocios en la capital.

No le tenía ninguna antipatía a Wordman, pero a Sara no había querido volverla a ver. Ni siquiera, por no encontrarse nunca con ella, había vuelto a visitar Nueva York.

No queriendo recordar cosas pasadas, Bentley guardó las cartas y el retrato, empezando a estudiar varias cuestiones de su negocio. Esperaba precisamente para aquella misma tarde la llegada de Wordman con quien debía tratar asuntos de importancia mercantil.

A eso de las cuatro de la tarde, recibió la visita de Wordman. Sabía éste que en lejano tiempo, Bentley había pretendido a Sara, pero los años habían borrado todo resquemor entre los dos amigos.

Después de hablar de varias cuestiones

importantes, y de haberse quejado Bentley de la conducta de Ronaldo, Wordman le dijo:

—¿Por qué no quieres que me lleve a tu hijo a Nueva York? Le daría un empleo en mi oficina.

—Ronaldo no estaría en la oficina cinco minutos. Además, prefiero ver a mi hijo muerto que en Nueva York.

Sonrió Wordman y luego respondió:

—Como tú no ignoras, en Nueva York tenemos influencia bastante para arreglar las cosas de manera que al cabo de una semana de estar Ronaldo allí, no le queden ganas de salir de Clay City el resto de su vida.

—No acabo de comprender. ¿Quieres darle un susto para escarmientarlo?

—¿Por qué no? Sería el mejor modo de que en lo sucesivo quisiera permanecer a tu lado.

—Hombre, no está mal la ideita. Que algo le escarmientase allí y no osase moverse más de este pueblo.

De pronto, un criado entró una carta al señor Bentley. Este leyó:

“¡Hola, papá!

Aquí estoy en la delegación, sin dinero para salir de ella bajo fianza. ¡Socorro!

Tu amante hijo,

Ronaldo”.

—¡Maldita sea! — gritó el señor Bentley. — Este hijo me matará a disgustos. Vayamos corriendo allá. ¡Oh, me gustaría

verlo arrestado en Nueva York sin un padre que lo sacase de la cárcel!

Y los dos amigos se dirigieron velozmente a la comisaría. El inspector explicó lo ocurrido:

—Su hijo está aquí detenido por no poder satisfacer la multa de cincuenta dólares impuesta por exceso de velocidad en su automóvil... Y su compañera por un dólar de multa por insultar de obra al guardia.

El señor Bentley pagó los cincuenta dólares y poco después se presentaba ante él su hijo, ya libertado, en compañía de Paulina Reed, la alocada bailarina, arrestada igualmente.

—Tu papá ha venido a pagar la multa — dijo Wordman, riendo.

Su padre le miraba enfurecido. ¡Cuántos disgustos le daba aquella cabeza loca!

—¿Y a mí quién me paga la multa? — gritó la muchacha. — Yo soy Paulina Reed, del Follies, y esta broma me va a costar el empleo.

Se paseaba de un lado a otro, excitada, vistosa, insinuante. Wordman, al verla, se echó a reír y luego llamando aparte a su amigo Bentley, le dijo:

—Tengo una buena idea. Si quieras que me lleve a tu hijo a Nueva York, me parece que he encontrado a la persona que podrá ayudarnos a curarlo de su locura.

—¿Quién es ella?

—Esa chica. Es una cabecita alegre. La moldearemos a nuestro antojo.

—Haz lo que creas oportuno...

Y miró a Paulina y la encontró estupendamente guapa. ¡Caramba! ¡Con ella hubiera realizado de buena gana cualquier viajecito!

Y Ronaldo estaba avergonzado y acercóse a su padre para pedirle perdón. Entretanto, Wordman pagó el dólar de multa y luego dijo, aparte, a Paulina:

—¿Está usted dispuesta a ganar dos mil dólares?

—Caballero, cuidadito con sus insinuaciones — contestó ella, mirándole con altivez. — Tenga presente que soy una señorita.

—Escúcheme bien. Tenemos pensado mandar al joven a Nueva York para curarlo de sus calaveradas y quisieramos que usted se encargase de hacerle aborrecer la ciudad, en ocho días, por el resto de su vida.

—¿Dos mil dólares? ¿Nueva York? ¿Que se aburra? ¡Ja, ja, ja! ¡Perfectamente! ¡Acepto!

Y la alocada muchacha comenzó a dar muestras de estupenda alegría. Wordman le dejó sus señas para que fuera a cobrar una cantidad adelantada por su trabajo.

Y el señor Bentley la envolvió en dulce sonrisa. ¡Qué chiquilla para ponerse contento!

Luego Paulina, satisfecha, de que la aventura acabase tan bien, se despidió de Ronaldo que, por otra parte, le era totalmente indiferente, y se alejó más que de prisa.

Más tarde en su casa, el señor Bentley le dijo a su hijo:

—Ronaldo, me doy por vencido. Este pueblo es demasiado pacífico para tus ac-

tividades. La semana próxima irás a trabajar con Wordman en la oficina de Nueva York.

—¡Bravo, papá! ¡Qué alegría me das! Nueva York ha sido siempre el ensueño de mi vida.

Y le abrazó agradecido y feliz.

\*\*

Ronaldo había tenido siempre una idea extraña de Nueva York. Acababa de llegar a la ciudad y desde el terrado del hotel Comodoro contemplaba el espectáculo de la moderna urbe.

¡Cómo le gustaba la gran capital, llena de rascacielos! Las aventuras que podrían correrse en ella!

Entró en su habitación y escuchó el timbre del teléfono. Le llamaba una mujer.

—¡Hola, precioso! ¿Me conoces?

—No...

—Soy tú Paulina que quiere verte...

—¿Tú en Nueva York? ¡Qué alegría!

—He venido para enseñarte lo que es la vida nocturna de Nueva York. A las siete y media pasaré a buscarte. No salgas solo que podrías perderte.

Paulina comenzaba a llevar a la práctica su plan, y estaba segura de conseguirlo con éxito.

Ronaldo dejó el teléfono. ¡Qué contento estaba! La bailarina le mostraría todo lo hermoso de la ciudad. Pero deseoso de no perder el tiempo llamó al teléfono.

—Comuníqueme con Wordman y Compañía — dijo.

—¿Qué número... si me hace el favor? — contestó una voz femenina.

—¿No sabe usted el número de Wordman, vocecita de ángel?

—No, pero sé el suyo...

—Me la ganó. Canal 8400, hermosa.

—No bromeé usted, señor.

—Preciosa, no se enfade porque soy capaz de suicidarme.

Por fin la telefonista le puso en comunicación y Ronaldo pudo hablar con Wordman.

—No te apures para comenzar a trabajar, Ronaldo — le dijo el amigo de su padre—. Pásate por Nueva York unos días para que conozcas bien la ciudad.

—Bien, bien.

Y Ronaldo, llamando otra vez a la telefonista, dijo:

—Adiós, vocecita de ángel. Muchas gracias por el buen servicio.

—No hay de qué, señor.

La voz le pareció tan interesante que Ronaldo sintió el deseo de conocer a su propietaria. Y preguntó a un camarero:

—¿Dónde está el cuarto de las telefonistas?

—En el piso veintidós, señor, pero está prohibida la entrada.

El joven subió al ascensor y entró en el cuarto de teléfonos. Vió allí diez o doce muchachas atentas a los cuadros de comunicación. ¿Cuál sería la de la voz de oro?

La inspectora le contempló con severidad. ¿Quién era aquel hombre?

—Soy empleado de la compañía — dijo Ronaldo, tranquilamente — y ando buscando desperfectos.

Comenzó a examinar los cuadros y sus números hasta que vió el que pertenecía a su habitación. La encargada de él era una muchacha de mirada suave, una verdadera delicia.

—Perdone, señorita, por mi atrevimiento en el teléfono... Soy el de la comunicación de Wordman.

La joven, llamada Margarita, se echó a reír y no contestó.

—He supuesto que se apiadaría usted de un pobre forastero y me acompañaría a ver la ciudad. ¿Acepta? — dijo Ronaldo.

—¿Por qué no se compra tarjetas postales y la verá sin cansarse? — dijo ella.

Y no quiso escuchar más sus palabras, atenta a las innumerables peticiones del servicio telefónico.

Ronaldo tuvo que marcharse, fracasado. Sus dotes de conquistador habían quedado por los suelos.

Volvió a su habitación y esperó la hora en que Paulina, su buena amiga, que por otra parte no le interesaba demasiado, fuera a buscarle para conocer Nueva York.

A la hora anunciada llegó ella, y poco después, Ronaldo y Paulina se encontraban sumergidos en el torbellino de la multitud nocturna, en pleno Broadway, siguiendo la huella de las olas humanas.

Pasaron tres horas de vertiginoso movi-

miento, yendo de un cabaret a otro, de un restaurante a otro, en una excitación creciente. Ronaldo comenzaba a aturdirse en la vorágine fatal de tanta diversión. Varias nochecitas como aquella y el resistente muchacho quedaba harto para toda su vida. Paulina quería hacerle aborrecer la ciudad.

Así estuvieron dando vueltas toda la noche hasta que a eso de las cuatro de la mañana Paulina y Ronaldo llegaron al club Fey donde se reunían los gomosos y los trasnochadores de última hora.

Los dos ocuparon una de las mesas en el gran salón en que se bailaba con desenfrenada locura.

Ronaldo estaba entre maravillado y rendido. ¡Qué vida aquella!

Paulina le señaló a una elegante señora que pasó ante ellos. Iba hecha un ascua de oro y brillantes.

—Es la viuda del millonario Parker, el rey del Radio, convertida en antena transmisora del dinero que le dejó su marido — dijo ella.

Ronaldo descubrió que allí cerca, en otra mesita, estaba sentada la telefonista de la voz de ángel. Riendo, echó sobre ella un abanico de papel.

Margarita sonrió y dijo a dos muchachos que la acompañaban.

—Es un simplón de un pueblecito del Estado de Iowa. Se hospeda en el hotel.

Margarita estaba en el baile con su hermano Jaime y un amigo de éste llamado Jerónimo. ¡Se divertía tanto la pobre en la nochecita interminable!

Volvió Ronaldo a tirar otro abanico contra la telefonista, pero su mala puntería le hizo dar blanco en las narices de uno de los compañeros de ella. Jerónimo miró severamente a Ronaldo y le devolvió con furia el proyectil de papel.

Paulina parecía haberse contagiado de la alegría general. Un elegante caballero invitó a bailar a la muchacha y ella aceptó, encantada. Ronaldo se dirigió entonces a Margarita para que bailase con él. Pero Jerónimo se opuso pegando un formidable puñetazo al joven provinciano y haciéndole caer al suelo.

Se armó un gran escándalo, intervino el dueño y Ronaldo y Paulina, temerosos de que el suceso tuviera complicaciones, dada la excitación de los ánimos, se alejaron.

—¡Maldito sujeto! —dijo Ronaldo.

Margarita había sufrido mucho en su corazón al ver tan mal tratado al huésped de su hotel, y de buena gana le hubiera defendido. Pero, ¡le daba miedo aquel Jerónimo!

Ronaldo y Paulina llegaron a la calle ante el taxi que les había conducido allí.

Iban a subir a él cuando el chofer dijo con malos modos al joven:

—Oiga, señor. Le he llevado a usted de un lado a otro toda la noche y no veo claro. ¿Me paga o no me paga?

Ronaldo leyó el taxímetro de tarifa reducida que marcaba 90 dólares.

—¿A qué llama usted tarifa reducida? —dijo—. Por ciento cincuenta dólares podría comprar un taxímetro como este.

—Bueno. Por ciento cincuenta le vendo

este — respondió el chofer, señalando el coche.

Ronaldo medio embriagado, respondió:

—¡Se lo compro en el acto! Aquí tiene el dinero.

Y allí mismo le dió los billetes a pesar de las enérgicas protestas de Paulina.

—Vendido al primer postor! —Con cha-  
pa, licencia y todo! —dijo el chofer, y en-  
tregándole su gorra desapareció de allí,  
contento de haber hecho un gran negocio.

Paulina, furiosa por la tontería de su ami-  
go, le dijo:

—Será mejor que vayas al hotel antes de  
que no se te ocurra comprar el ferrocarril  
subterráneo. Estás loco. ¡Mira que com-  
prar ahora un coche!

Y sin querer atender las razones de su  
amigo, repentinamente indignada, subió a  
otro "auto" y se hizo conducir a su pen-  
sión. ¡Qué tonto era aquel Ronaldo! ; Em-  
plear el dinero de aquel modo!

Mientras tanto, Margarita, en el club, de-  
seaba marchar.

—No puedo estar aquí sentada toda la  
noche — decía—. Tengo que ir dentro de  
poco a trabajar.

—Vete sola siquieres. Nosotros tenemos  
aún para rato — exclamó Jaime.

Jaime, el hermano de Margarita, estaba  
bastante enfermo. Muchacho de buenos  
sentimientos en el fondo, se dejaba condu-  
cir por Jerónimo, un rufián de la peor espe-  
cie que le manejaba a su capricho.

La muchacha salió del club, dirigiéndose

hacia un taxi, precisamente el que acababa Ronaldo de comprar.

Margarita se sorprendió al darse cuenta de que el chofer era el huésped del hotel, y subió precipitadamente a otro automóvil de alquiler. Pero Ronaldo abandonó su coche y se sentó al lado de ella.

—Si no quiere que la lleve a su casa, permítame por lo menos que le acompañe — dijo.

Aunque ella se negaba al principio, acabó por acceder y los dos comenzaron a hablar durante el trayecto.

—¡Cuánto celebro estar al lado de usted! ¡Y qué grande es Nueva York! ¡Me gusta con locura!

—Pues yo lo aborrezco! Preferiría vivir en una granja de Kansas o de Iowa — dijo, sonriente.

—Yo soy de Iowa.

—Ya lo sé...

—Usted se imagina que soy un pobre palurdo, ¿no es cierto?

Ella rió alegramente y contestó:

—No. Y por supuesto, en su pueblo será usted un chico de lo más travieso.

Poco después llegaban ante la casa de Margarita. Descendieron del coche y Ronaldo dijo a la muchacha:

—Aquí tengo unas instantáneas de nuestra granja.

Le mostró unas fotografías en que aparecía Ronaldo con un novillo.

—La figura de la izquierda es nuestro novillo de pura raza. La otra figura soy yo...

—Me gusta... el novillo.

Ronaldo después de despedirse afectuosamente de su nueva amiga por la que comenzaba a sentir un sentimiento amoroso, se alejó de ella, prometiéndole volverla a ver dentro de pocas horas.

Luego se hizo conducir de nuevo al club para recoger el taxi que había comprado.



—La figura de la izquierda es nuestro novillo de pura raza.

Cuando hubo pagado el alquiler del otro coche, subió al suyo y estuvo meditando unos momentos sobre lo que debía hacer. ¿Esperar a que lo alquilase alguien, o llevarlo al garaje del hotel?

Entretanto, Jerónimo y Jaime, en los salones del club habían estado espiando a la

rica viuda Parker cuyas joyas eran una excitante tentación.

—Allí está nuestra “victima” — decía Jerónimo—. Ahora al salir, la atracaremos.

—No, yo no puedo hacer eso—. Tú sabes que yo soy un hombre honrado — respondió angustiado el hermano de Margarita.

—Honrado pero sin un dólar, ¿verdad? Déjate de nifierías... Con lo que vamos a sacarle a la vieja esa, tendrás de sobra para ir a componerte los pulmones en Arizona.

Y el muchacho, como una víctima sin voluntad, se sometió al dominio del mal hombre.

Poco después salía la señora Parker acompañada de un elegante caballero, y subían a un coche.

Jaime y Jerónimo aparecieron también en la calle y viendo el taxi de Ronaldo, dieron a éste:

—¡Siga a ese Rolls!

A Ronaldo le hizo gracia la aventura y tomó por lo serio su papel de conductor. Y comenzó a guiar su coche siguiendo el de la viuda. ¿Era una persecución amorosa? — pensaba riendo.

Siguió al automóvil de la viuda Parker, por toda la Avenida del Parque hasta llegar a un edificio de muy buena apariencia de la calle Noventa y uno.

Allí se detuvo el coche de la señora Parker y descendieron de él sus ocupantes. Entraron los dos en la finca. Jaime y Jerónimo bajaron del taxi, a poca distancia de allí, y entrando silenciosamente en el jar-

dín, cayeron sobre la viuda y el caballero, amordazándoles y apoderándose de sus joyas.

Luego volvieron junto al “auto” de Ronaldo, ordenándole que partiese inmediatamente. Pero el muchacho había presenciado el bárbaro robo y demostraba una violenta indignación.

—¡Miserables, miserables! — gritó—. ¡Devuelvan eso!

Jerónimo esgrimió un revólver y le dió un formidable culatazo en la frente. Luego, viéndole casi desvancido, le echaron del “auto” y los dos cómplices subiendo a él, emprendieron rápida huída.

Quedó Ronaldo sobre la acera hasta que volviendo en sí, aturdido aún por los efectos del golpe, se dirigió tambaleándose a su hotel.

\*  
\*\*

Unas horas después, a las dos y media de la tarde, Ronaldo despertaba en la cama de su hotel. Tenía aún la cabeza aturdida. Lo primero que hizo fué buscar en los periódicos el relato de lo sucedido. Leyó:

“Dos bandidos con la ayuda de un tercero que los aguarda en un “auto”, cometieron un audaz robo.

La señora J. Milton Parker ha sido víctima hoy en compañía del señor Pedro Ge-

rald que se encontraba con ella, de un audaz robo de alhajas cometido por dos bandidos ayudados por un tercero que los aguardaba en un automóvil de alquiler. El importe de lo robado asciende a la respectable suma de 35.000 dólares".

Ronaldo volvió a leer con emoción aquella noticia. ¡Dios santo! Le acusaban a él de haber tomado parte en el robo! Y luego, ¿aquellos hombres que habían cometido el delito no eran los compañeros con los que estaba Margarita la otra noche? ¡Qué inmensa inquietud experimentó su corazón!

Lleno de confusión telefoneó a Margarita rogándole fuera al "foyer" pues tenía que hablar con ella.

No tardó Margarita en aparecer. ¡Estaba tan ajena al inmenso conflicto que surgía!

—¿Quiénes eran aquellos fulanos con quienes estaba usted en el club? —preguntó.

—El pequeño era mi hermano Jaime...

Tembló el corazón de Ronaldo. ¡Dios!

—Y el otro era Jerónimo, un amigo de mi hermano. Pero, ¿por qué me pregunta eso?

—¡Oh, Margarita, si usted supiera!... —dijo, turbadísimo.

En aquel instante aparecieron tres agentes de policía quienes rodearon al joven.

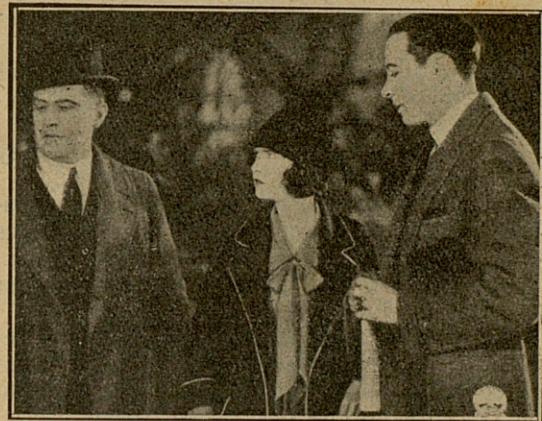
—Amigo — dijo uno de ellos —, tendrá usted que venir con nosotros... En la Jefatura quieren saber algo más acerca del robo a la señora Parker.

—Pero, señores, yo...

—Siganos usted...

Acababa de ser encontrado el taxi de Ro-

naldo, abandonado en la vía pública. Y unos agentes habían visto aquel amanecer, subir a él, ante el club, a dos individuos que tomaron el mismo rumbo que el de la señora Parker. Indudablemente el chofer era cómplice del delito.



—...tendrá usted que venir con nosotros.

Ronaldo, tembloroso, dijo a Margarita que estaba llorosa y sin comprender:

—Llame Canal 8400, amiga mía... El señor Wordman entregará la fianza que se necesita para ponerme en libertad. Indudablemente se trata de un error.

Y con la conciencia tranquila, confiando en que tendría que descubrirse la verdad, marchó con los agentes.

Margarita, asombrada y miedosa, corrió al teléfono llamando al número 8400.

—Acaban de arrestar al señor Ronaldo Bentley y me encargó que le avisase a usted.

—Bien, bien...

Wordman, creyendo que se trataba del plan combinado con Paulina, exclamó alegramente:

—¿Conque han arrestado a Ronaldo? ¡Magnífico! Dentro de ocho días va a salir huyendo de Nueva York.

Y se apresuró a telegrafiar a Bantley dándole cuenta de lo sucedido.

Mientras tanto, Ronaldo había sido trasladado a la Jefatura donde varios policías y detectives le contemplaron con atención. Se hallaban también allí la señora Parker y don Pedro Gerald.

La viuda, excitada aún por el robo, recordó haber visto a Ronaldo entre los concurrentes al club. Indudablemente se trataba de un cómplice.

Ronaldo protestó energicamente, pero proclamando su inocencia y mientras se averiguaba la verdad, el muchacho fué conducido al calabozo.

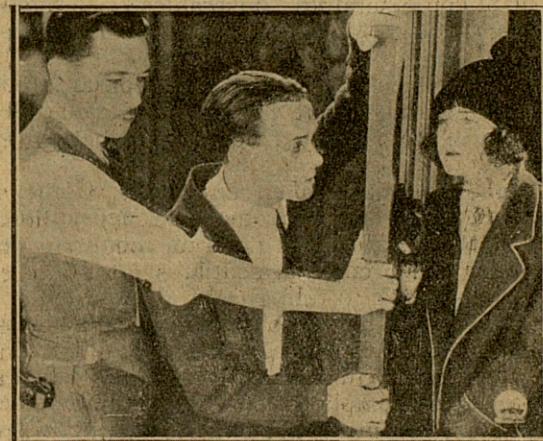
A mediodía, Margarita, profundamente preocupada, se dirigió a su casa. Había leído también el periódico y una sospecha mortal le hería el alma. Además, aquella quietud de Ronaldo al hablar de los sujetos que acompañaban a ella. Si sería... Y luego, su detención...

Entró en la casa. Se encontraban en ella Jaime y su amigo Jerónimo. Reían y cañ-

taban los dos alegremente como pretendiendo aturdirse.

—¿Dónde dormiste anoche? —dijo Margarita a su hermano.

—Se me hizo tarde y me quedé a dormir en casa de Jerónimo.



Margarita, profundamente preocupada...

Furiosa, adivinando casi la verdad, sabía que Jerónimo había sido condenado una vez por robo, le mostró el diario.

—Te has enterado de esto?

Leyeron los dos amigos la noticia, y Jerónimo, espíritu cínico y criminal, no tuvo inconveniente en afirmar la verdad.

—Para que lo pongan a uno en la primera plana del periódico, es preciso ser listo.

—¿Qué quieres decir? — Entonces es cierto? — preguntó, asombrada, Margarita.

—Verdad a medias. Ese chofer es inocente. Fuimos su hermanito y yo.

—¡Oh, miserables, miserables! — rugió Margarita—. ¡Váyase usted inmediatamente de aquí!

—Ni pensarla! He venido a pasar aquí unos días hasta que la policía se canse de buscarme. Yo estoy fichado y su hermanito no.

Jaime permanecía en un rincón. Comenzaba a remorderle la conciencia, acusándole de haber obrado mal. Tuvo un momento de debilidad... y cómo lo sentía.

Margarita dijo, indignada, a Jerónimo:

—¿Y va usted a consentir que detengan a un inocente por ese robo?

—¿Y qué voy a hacer yo si han echado el guante a ese bobalicón del automóvil de alquiler? ¿Quiere que vaya a ocupar su puesto en la cárcel?

Margarita lloraba. ¡Su hermano metido en aquellos negocios infames! Y luego, Ronaldo, el inocente, expuesto tal vez a los horrores de un inmerecido presidio!

Recrimino duramente a Jaime su proceder y éste respondió:

—Margarita, era la única manera con que podía conseguir el dinero para curarme, pues no quiero que te sigas sacrificando por mí. Ahora podremos ir los dos a Arizona. Yo me pondré bueno y tú podrás de-

jar de una vez el maldito teléfono que te arruina la salud.

Ella se cubrió el rostro con las manos llorando con infinito dolor. ¡Qué desgracia! ¡Aquel miserable que les había arruinado!

Jerónimo, cínico y vil, advirtió a su amigo:

—A lo hecho pecho y ándate con cuidado, porque al primer resbalón, diez años de presidio no te los quita nadie de encima.

—Jaime — dijo Margarita—, suceda lo que suceda tienes que devolver lo robado. Cualquier cosa antes que ser ladrón.

—Sí, hágalo — gritó Jerónimo—. Y ¿cuánto tiempo le parece a usted que tendrá de vida su hermano en la cárcel?

—Usted no se meta en mis asuntos y espere lo que le va a pasar dentro de poco.

—¿Qué me va a pasar? Lo que me pase a mí, le pasará también a su hermanito.

Margarita abrazó a su hermano que, demasiado tarde, comenzaba a comprender el peligro de las malas compañías. ¡Qué iban a hacer ahora ante el gran conflicto?

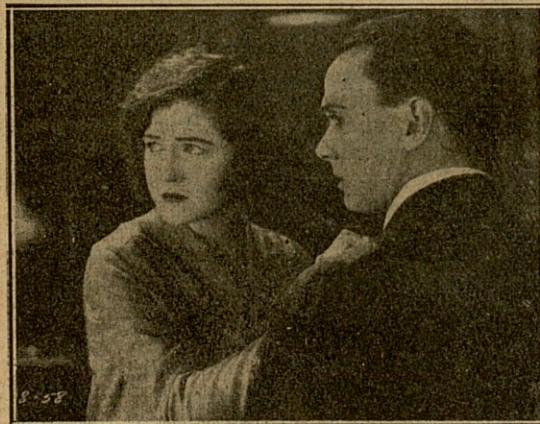
\*  
\*\*

Al día siguiente, Wordman recibió un telegrama de Juan Bentley que decía:

“Felicítale por el excelente trabajo en combinación con la muchacha”.

Sonriente, mandó Wordman llamar a Pau-

lina. ¿No habría ido demasiado aprisa la joven haciendo detener a Ronaldo? ¿Por qué causa le había mandado arrestar? Pero su sorpresa fué inmensa, cuando supo por boca de la bailarina que ella era ajena a aquella detención.



...suceda lo que suceda, tienes que devolver lo robado.

—¿No es esto obra suya? ¿No ha sido usted quien ha hecho arrestar a Ronaldo de acuerdo con mis instrucciones?

—Nada sé de ello. La última vez que yo le vi...

Y le explicó lo sucedido con motivo de la compra del automóvil.

Wordman pensó ir a enterarse de lo ocu-

rrido y telegrafió a Bentley para que viniese en el acto.

Unas horas más tarde, Bentley viendo que su hijo estaba en peligro, se olvidó del odio que le tenía a Nueva York y se dirigió a la oficina del juez del distrito, acompañado de Wordman. A pesar de la con-



—Lo que me pase a mí, le pasará también a su hermanito.

versación tenida por éste con Paulina, no acababa de decidirse a pensar que la cosa tuviera gravedad.

—Usted sabe que mi hijo es inocente —dijo Bentley al comisario—. ¿Por qué no lo puso en libertad bajo fianza inmediatamente?

El comisario explicó entonces de lo que se trataba, de las sospechas que recaían sobre el muchacho, pero tales eran las demostraciones de Bentley y se trataba de una familia tan honorable, por el maro maoh r familia tan honorable, que el juez llamó a Ronaldo y le interrogó de nuevo ante su padre y Wordman.

El joven negó toda participación en el delito y convencido el juez le puso en libertad bajo fianza.

El señor Bentley no podía ocultar su gozo. Pensaba que aquel incidente, provocado o no por Paulina, habría quitado para siempre a su hijo el deseo de vivir en Nueva York.

—Aborrezco esta ciudad — dijo Bentley en voz baja a su amigo Wordman, mientras Ronaldo era acompañado a otro despacho para firmar el expediente de libertad.

— No creo que en todo Nueva York exista un hombre honrado o una mujer leal.

Una muchacha penetró en la oficina del juez. Era Margarita, la telefonista del hotel.

Iba acompañada de un agente quien dijo:

— Esta joven es una telefonista del hotel Comodoro y dice que quiere hacer declaraciones sobre el robo a la señora Parker.

— Hable usted, señorita.

La muchacha, que lloraba, dirigió la visita a Bentley y a su amigo como si no quisiera hablar ante testigos.

— Hable con entera libertad — dijo el juez. — El caballero es el señor Bentley, padre del joven a quien han arrestado co-

mo complicado en el crimen. Y este otro es su amigo Wordman.

Bentley se puso sesio. Entonces... ¿era verdad lo del robo? Comenzó a interesarse por el asunto. ¡En qué conflicto había caído su hijo!

— Su hijo es inocente — dijo Margarita. — Mi hermano Jaime y otro individuo lo complicaron inocentemente en el robo. Mi hermano está enfermo y para curarse tiene que ir a Arizona y no teniendo con qué ir, hizo lo que hizo. Pero ahora que se da cuenta de su delito, quiere devolver las alhajas. Yo pensé que si las devolvía, la justicia no sería tan severa con él.

Todos estaban conmovidos ante la declaración de la joven. Bentley se hallaba horrorizado. El juez habló y dijo:

— Desde este momento le prometo que si su hermano no está complicado en otros robos, la sentencia será más leve. Usted, Murphy — dijo al agente —, acompañe a esa joven a su casa y tráigame a su hermano.

El agente salió con Margarita y Wordman le dijo en voz baja a su amigo:

— ¿Todavía sigues creyendo que en Nueva York no hay ninguna mujer leal?

Poco después, llegaba, cumplidos los trámites necesarios, Ronaldo a quien su padre explicaba todo lo ocurrido.

Sintióse el joven conmovido por el desprendimiento noble de la hermosa muchacha. Y también el señor Bentley pensó que era verdad lo que decía Wordman; no todo

en Nueva York era malo como había creído él. Aun había almas honradas.

El juez decretó la definitiva libertad de Ronaldo, ya sin fianza alguna.

Marcharon todos. Ronaldo, preocupadísimo, pensando en la suerte del hermano de Margarita. ¿Cuál iba a ser la vida de esa pobre muchacha en lo sucesivo?

\*\*

Jaime, convencido por las palabras de su hermana, llevaba las joyas para devolverlas a la policía y se encontraba impaciente en su casa esperando la vuelta de Margarita.

Llegó Jerónimo, quien sospechaba la traición. Veía en la actitud de su amigo algo anormal. Se dirigió a la caja del piano donde habían guardado antes las alhajas y su sorpresa fué inmensa al ver que habían desaparecido.

—¿Conque pensabas traicionarme? — le gritó. — Dónde están las joyas?

—Jerónimo — dijo el muchacho, temblando—. Voy a devolverlas. Mi hermana dice que es lo que debo hacer.

—¡Traidor!

Lucharon los dos y de pronto, Jerónimo, esgrimiendo un revólver, loco de ira, disparó un tiro contra Jaime que cayó al suelo con el corazón atravesado.

Cuando el criminal pretendía, horrorizado, apoderarse de las joyas y huir, llegó Margarita con la policía y fué maniatado y este fuera de combate.

La pobre muchacha, sollozante, comenzó a besar, loca de dolor, el cadáver de su desdichado hermano.

—¡Jaime, mi pobre Jaime!

Y tuvieron que sacarla de allí por la fuerza, enloquecida de pena, ante el fin trágico de aquel joven.

\*\*

Los acontecimientos habían hecho cambiar, por lo menos en parte, la mala opinión que Juan Bentley tenía de Nueva York, mas no lo suficiente para quedarse en la ciudad un día más de lo señalado.

Iba ya por la noche a partir para su tierra, cuando entró su amigo Wordman y le dijo:

—Aprovechando tu permanencia en Nueva York he traído a Sara para que la vieses.

—No me parece prudente ver a Sara. Sería muy doloroso para ambos — contestó melancólico, Bentley, ante el recuerdo de su novia.

—Juan, estoy enterado de que fuisteis novios, pero esto no le hace.

E hizo entrar a Sara y cuando Bentley esperaba encontrar casi a la misma mucha-

cha que años antes le enloqueció con su belleza e hizo palpitar tanto su corazón, se encontró con una mujer envejecida y otonal, desprovista de todo encanto.

¡Qué enorme desilusión! Se saludaron friamente, y Bentley dió en voz baja gracias a Dios por no haberse casado. Pobre Wordman que había tenido que cargar con una mujer tan fea.

¡Y por una señora, ya sin belleza, había estado él, Bentley, suspirando tanto tiempo! ¡Qué absurdo!

¡Qué suerte de que se hubiese ella casado con Wordman! Y así, cuando ella marchó, después de una corta y fría entrevista. Bentley dijo a su amigo:

—Amigo, has sido un gran administrador de mis intereses en Nueva York. Aparte de esto — dijo, sonriendo de modo enigmático —, un día me hiciste un gran favor que jamás podré pagarte.

—¿A qué te refieres?

—No puedo decírtelo — dijo —, pero para que veas que soy agradecido, quiero ponerte al frente de la fábrica de Clay City.

El amigo le agradeció el favor y corrió a comunicárselo a su esposa.

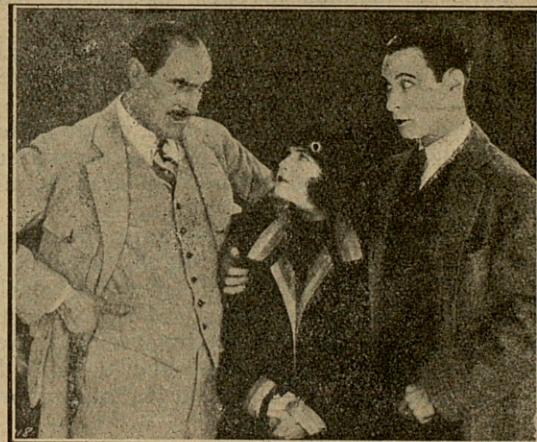
—Sara — le dijo —, eres irresistible. Todo ha sido verte e interesarme más en sus negocios. Acabo de ser nombrado administrador de su fábrica.

Y los dos se abrazaron, felices, mientras en su hotel, Juan Bentley se mostraba contento de no haberse casado con mujer de belleza física tan efímera.

Entretanto, Ronaldo había ido a ver a

Margarita y la consoló de su pena declarándole el amor inmenso que por ella sentía, un cariño y un agradecimiento sin límites.

Y ella, viéndose tan sola, aceptó el honrado cariño del joven. Y luego fueron los dos novios a ver al señor Bentley.



—Os doy mi consentimiento para la boda.

—Padre — dijo Ronaldo —, ya sé por qué vine a Nueva York. Vine para casarme con Margarita. Pero ya lo tenemos hablado con ella. Con lo que he visto en Nueva York ya tengo suficiente. Pienso ir con Margarita a mi pueblecito de Iowa. ¿No te opones, papá? Vamos a regresar los tres jun-

tos a Clay City para siempre.

—Conmigo, no, hijos míos — dijo satisfecho y jovial el señor Bentley—. Os doy mi consentimiento para la boda. Pero yo me quedo en Nueva York. ¡Es tan grande esta ciudad! Y necesito distraerme.

Salieron los dos jóvenes, extrañado Ronaldo del cambio del carácter de papá.

Y el señor Bentley sonrió satisfecho. Lo primero que hizo fué llamar al Follies preguntando por Paulina.

Quería echar una cana al aire, cenar aquella noche con la joven. Pensaba divertirse, recuperar el tiempo perdido en aras de un amor que resultó viejo y feo...

Y Paulina, muchacha siempre dispuesta a aceptar una cena o un regalo, accedió a cenar con Bentley. Y él le prometió darle los dos mil dólares del premio... y hasta un poco más. Pensaba entregarse a la alegría y al amor, después de haber soñado de modo romántico en una mujer que ahora era obesa y sin gracia.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante novela

CAMINO DE ARIZONA

por Gary Cooper, Betti Jewel y El Brensel

Ediciones  
BISTAGNE